

El Tratado de Tlatelolco

Vicente Aboltes

El Tratado para la Prohibición de Ar-

mas Nucleares en América Latina y el Caribe (mejor conocido como Tratado de Tlatelolco) es un tratado internacional que establece la desnuclearización del territorio de América Latina y el Caribe. Fue propuesto por el ex presidente de México Gustavo Díaz Ordaz, e impulsado por el diplomático mexicano Alfonso García Robles como respuesta al temor generado por la crisis de los misiles en Cuba. Como es sabido, la crisis de los misiles en Cuba es como se denomina al conflicto entre los Estados Unidos, la Unión Soviética y Cuba en octubre de 1962, generado a raíz del descubrimiento por parte de Estados Unidos de bases de misiles nucleares soviéticos en territorio cubano.

El Tratado de Tlatelolco fue puesto a disposición de los países de la región para su firma el 14 de febrero y entró en vigencia el 25 de abril de 1969. La organización encargada de vigilar el cumplimiento de dicho tratado se denomina la OPANAL (Organización para la Proscripción de las Armas Nucleares en América Latina y el Caribe).

Como antecedente de todo lo anterior vale recordar que al fallecer Franklin D. Roosevelt el 2 de

abril de 1945, Harry S. Truman, entonces vicepresidente de los Estados Unidos, ocupó la Presidencia. Como es sabido a Roosevelt le tocó dirigir a los Estados Unidos durante el inicio de la Segunda Guerra Mundial y a Truman le tocó vivir la victoria norteamericana de esa guerra. Fue Roosevelt quien en agosto de 1939 recibió una carta firmada por Albert Einstein y Léo Szilárd en la que se le informaba del peligro de que la Alemania nazi desarrollara armas atómicas. Dos párrafos de esa carta dicen:

"Durante los últimos cuatro meses se ha suscitado la posibilidad -a partir del trabajo de Joliot en Francia y de Fermi y Szilard en Estados Unidos- de que sea posible realizar reacciones nucleares en cadena a partir de uranio liberando grandes cantidades de energía de elementos semejantes al radio que en la reacción se irán produciendo. Esto es casi seguro que será posible lograr en el futuro inmediato. Este fenómeno puede conducir a la construcción de bombas y es concebible -aunque no tan seguro- que armas extremadamente poderosas de este nuevo tipo puedan ser construidas."

Como consecuencia de esto Roosevelt ordenó el inicio del Proyecto Manhattan, bajo la dirección del General Leslie Groves y la dirección científica de J. Robert Oppenheimer. Este proyecto tuvo como propósito fundamental el desarrollo de armas atómicas, en él participaron 130 mil personas y tuvo un costo equivalente de veintidós mil millones de dólares actuales. Alemania se rindió antes de que estas armas estuvieran terminadas y hubiesen sido probadas, lo cual ocurrió hasta el 16 de julio de 1945 en Alamogordo, en el desierto de Nuevo México, con lo cual la humanidad entró en la lla-

mada "era atómica".

Sin embargo la guerra en el Pacífico con Japón aún continuaba. Algunos militares norteamericanos argumentaron la necesidad de invitar a observadores japoneses para presenciar una prueba nuclear en los Estados Unidos y de este modo persuadirlos para terminar con la guerra. Se pensaba que si después de constatar el enorme poderío de estas armas Japón no se rendía, la responsabilidad moral del uso de la bomba atómica recaería en los japoneses y no en los norteamericanos.

Sin embargo, la crueldad de la guerra en el Pacífico y el fanatismo suicida mostrado por los soldados japoneses convenció a los norteamericanos de que esto último sería inútil, Japón no se rendiría. Como un ejemplo entre otros se mencionó la ferocidad de la lucha por la isla de Okinawa que costó a los norteamericanos 12 mil vidas y a los japoneses 100 mil. A partir de esto las mas conservadoras cifras estimaban que el intento de desembarcar en Japón fácilmente podría costar más de un millón de vidas en soldados norteamericanos y varios millones de vidas japonesas entre civiles y militares, sin que nada de esto fuera garantía de éxito militar.

Este último argumento convenció a Truman de la necesidad militar del uso de la bomba atómica. El 6 de agosto la ciudad de Hiroshima y tres días después, el 9 de agosto de 1945, la ciudad de Nagasaki fueron bombardeadas con armas atómicas e inmediatamente después Japón capituló. Se estima que en estos ataques murieron más de 250 mil personas y posteriormente, debido a los efectos de la radiación, otras tantas perecieron. Estos bombardeos se realizaron por órdenes directas del presidente norteamericano Harry S. Truman (del Partido Demócrata), quien desde entonces no

ha dejado de ser uno de los más controversiales presidentes de los Estados Unidos.

La polémica sobre la decisión de Truman aún continúa. Se argumenta que los ataques británicos y norteamericanos, con bombas incendiarias, a ciudades alemanas o la destrucción sistemática de ciudades por el ejército alemán en Rusia no fue menos cruel. Seguramente esto es cierto, pero hay una diferencia fundamental. Con las armas atómicas la humanidad está más cerca que jamás lo estuvo de su aniquilación.

Es difícil imaginar el poder destructivo de las armas nucleares, baste decir que durante la Segunda Guerra Mundial la ciudad de Dresden fue atacada por 800 bombarderos británicos y americanos que lanzaron 650 mil bombas incendiarias de 3 mil 600 kg cada una en tres oleadas de ataques. Una estimación inicial de fallecidos da la cifra de 150 mil personas. Aproximadamente lo mismo que se logró con una sola arma atómica en Japón. Esto es escalofriante y la comparación francamente morbosa, pero peor aún es el hecho de que las primitivas armas atómicas usadas en Japón equivalen a "cerillos" en relación a las armas nucleares modernas.

En Latinoamérica durante algunos años Brasil, Chile y Argentina pretendieron desarrollar tecnología nuclear, incluyendo armas nucleares. Como inicialmente se expuso, motivado por el temor generado por la Crisis de los Misiles Cubana de 1962, el esfuerzo diplomático del mexicano Alfonso García Robles dio frutos y el 25 de abril de 1969 se firmó el Tratado para la proscripción de las armas nucleares en la América Latina y el Caribe, o Tratado de Tlatelolco. Debido a este importantísimo logro, el diplomático mexicano Alfonso García Robles recibió el Premio Nobel de la Paz en 1982.